

Van Berg había escuchado la lectura de aquel curioso documento con creciente irritación. Por fin estalló como una bomba.

—¿Y no habéis recibido contestación?

—Todavía no; la estoy esperando.

—¡Bien, pues id á esperarla en vuestra casa y dejadme en paz! Cuanda la hayáis recibido, podéis volver; pero entre tanto, idos, idos de aquí.

Se había apoderado de él el deseo de estrangular á Pichelot, al secretario flacucho y al gendarme.

El alcalde debió comprenderlo así, porque se volvió hacia el juez y le dijo:

—En efecto, podríamos esperar la contestación del burgomaestre. De seguro llegará mañana, y entonces determinaremos.

Los cuatro hombres se precipitaron en su retirada, seguidos por las imprecaciones del belga, que, cuando hubieron desaparecido, se arrojó, loco, desconcertado y nervioso, sobre una silla.

—¡Estúpidos, animales!—decía.—¡No hay nada más peligroso ni más impertinente que un imbécil!

Y repetía:

—¡A *maitre* Fischbach! ¡Al abogado de mi mujer! ¡Todo perdido!...

XVII

Van Berg se levantó al día siguiente, al salir el sol, que por cierto se mostraba radiante. El belga estaba con ese humor que suele llamarse *aplastante*, sin duda porque inspira deseos de aplastar al primero que se presente ó de hacer pedazos cuanto se halla á mano. No solo no había dormido, sino que ni siquiera había podido cerrar los ojos.

Toda la noche la había pasado absorto en dos pensamientos, triste el uno y alegre el otro.

El triste, en la humillación que sentía ante la idea de que el burgomaestre de Lieja, *sieur Fischbach*, abogado de lengua viperina, se habría frotado las manos lleno de satisfacción al recibir la carta del idiota, majadero, y bestia de alcalde de Toury, que le había dado por tomarle por un espía.

—¿En qué situación se iba á encontrar ante los jueces, él que se había mostrado tan rí-

gido y tan intratable y que daba tan rigurosas instrucciones á su abogado?

Las consecuencias de aquella estúpida aventura eran claras.

Aquel Román Pichelot le causaba, sin saberlo, un verdadero desastre y le cubría de ridículo.

Maitre Fischbach no dejaría de hacer resaltar la actitud singular de aquel marido que quemaba las naves por una falta de su mujer, falta provocada por sus propias infidelidades, y que sin esperar la terminación del proceso, se ocultaba en un pueblecito lejano, para pasarlo allí á sus anchas, en compañía de una señora que tenía la audacia de decir que era su mujer.

¡Injuria de las más graves! ¡Reciprocidad de ultrajes, que colocaba á ambos esposos en igual situación y en iguales condiciones y debía obligar á los jueces á no pronunciarse en favor del uno ni del otro, y á disponer, por el contrario, que siguieran como estaban antes!

¡Todo el mundo se reiría y él pagaría los gastos!

¡Sería un escándalo que caería sobre él, con todas las circunstancias agravantes del ridículo!

El desgraciado oía la voz gangosa y mordaz del temido abogado.

¡Adivinaba sus sangrientas ironías!

¡Calificado de espía por ignorantes aldeanos!

¡Lo que se reirían de él en Lieja!

¿No sería lo mejor correr á Lieja y reunirse á su mujer, tan indulgente y tan buena, que le había perdonado ya tantas tonterías, antes de que la noticia de esta última llegase á sus oídos, si es que no había llegado ya?

Tendría al menos el mérito de la generosidad, único que en adelante pretendía.

Ciertamente que este era el partido más cuerdo que podía tomar; ¿pero y la blanca doncellita, cuyos suspiros y dulces quejas había estado oyendo toda la noche? ¡Esto le hacía cambiar de rumbo y le decidía á esperar aun sin determinarse á poner en practica tan prudentes propósitos.

¡Y aquella Isabel á quien esperaba!

A las ocho, después de haber meditado con calma todo esto, se decidió á ir á llamar á la puerta de su vecina.

—¿Dormis aún?—preguntó.

—¡Nada de eso!

—¿Acaso no queréis que se os vea?

—Esperad dos segundos y me veréis.

—Al cabo de algunos segundos, la joven abrió, con la mayor confianza, la puerta de comunicación entre ambas habitaciones y se mostró á los ojos del liejes, como la aurora y la juventud, fresca y brillante.

Le bastó verla para olvidar al alcalde, al gendarme y hasta á *maitre* Fischbach.

—¿Qué hermosísima estais, monina?

—¡Ya empezais con vuestras galanterías y cumplimientos?

—¿Qué quereis que diga, sino que estáis admirablemente hermosa y que?...

—Conteneos, por favor, ó me encierro en mi cuarto y no me volvéis á ver.

—¿Guardaos muy bien de hacerlo? ¿Oisteis ruido?

—¿Anoche?

—Sí.

—Vagamente. Me dormí enseguida. Que visita fué la que recibisteis, ¿eran hombres?

—Sí.

—¿Qué querían?

—No sé, ni creo que ellos mismos lo sabían.

—¿Y hoy, que vais á hacer?

—Lo que todos los días, errar por el campo.

—¿Solo?

—A menos que consintais en acompañarme.

—¿Por qué no? No me marcharé hasta la noche.

—¿Tan pronto?—murmuró el liejes.

—La señora me ha escrito que llega aquí.

—¿Cuándo?—preguntó el belga con transporte.

—Hoy mismo. Aquí tengo la carta. Esta noche estará aquí.

—Entonces podemos disponer del día.

—¿Cómo lo emplearemos?

—En recorrer los lugares más hermosos, en soñar al borde de los arroyos... Venid!

—Antes hay que almorzar.

—Teneis razón.... ¡No os olvidais de lo positivo.

—Nada más natural.

—¿Y después?....

—Ya veremos—contestó la jover dirigiéndole una mirada llena de promesas.

—Bien—dijo él.—¡Si nos sirvieran el almuerzo á los dos solos, en lugar de tener que esperar á esos atroces campesinos!... ¿Que os parece?

—Como gustéis.

El almuerzo fué un almuerzo de enamorados. Miradas lánguidas, sonrisas llenas de promesas.

Rosa no escatimó nada para elevar á van Berg al éter y dejarle entrever las perspectivas más encantadoras.

El belga pensaba en lo dichoso que iba á ser; querido por la doncella y adorado por el ama de ésta, era ser verdaderamente afortunado.

¡Todo marchaba bien!

En los alrededores de Toury pudo ensayar con la doncella los efectos de su elocuencia.

Ella le escuchó cuanto quiso decirla.

Cuando las expresiones eran un tanto vivas, le interrumpía con exclamaciones que más parecían para alentarle que para quejarse de ellas.

«¡Ah, señor!»

«¿Se podrá creerlos?»

«¡Os burláis!»

Pero cuando, internándose bajo los árboles, quería mostrarse un tanto atrevido, surgían obstáculos por todas partes, unos tras otros y sin interrupción.

Al borde del agua, con los pies tocando casi

á ésta y la vista fija en un corcho que flotaba entre los nenúfares, un hombre reclamaba silencio con desesperado gesto, diciendo muy bajito:

—¡No metáis ruido! ¡No metáis ruido, por favor!

Y Rosa, á quien gustaba muchísimo la pesca, se sentaba á dos pasos del pescador, seguía con ansiedad sus incidentes y entablaba una conversación seguida con él.

Cuando van Berg lograba arrancarla de las delicias de aquel tranquilo pasatiempo, la llevaba un poco más lejos, por en medio del campo, y en un sendero, entre dos campos de trigo, comenzaba á animarse en su conversación, cuando de pronto surgía el guarda del campo y saludaba á la pareja; forzoso era, pues, á los enamorados, buscar en otra parte asilo propicio á las declaraciones y á las confidencias.

A las tres de la tarde, van Berg estaba desconcertado.

Habían encontrado á dos gendarmes, tres guardas y media docena de aldeanos, siempre en los parajes en que él creía que iban á hallarse solos.

Y lo que era más irritante aun para él, era que Rosa parecía tan molestada como él por la presencia de los importunos, y se lo manifestaba prodigándole cariñosas frases.

Por último, gruñendo y enviando á los dioses infernales, á los gendarmes, á los pescadores y á los paseantes, regresó con la paciente y tranquila rubia al *Gallo Rojo*.

Lo primero que vió al llegar, fué al alcalde, que tan pronto como le divisó á lo lejos, se apresuró á quitarse el sombrero, agitando en la mano un gran sobre amarillo.

Si van Berg hubiese tenido á mano algún instrumento punzante; una espada, un sable, un puñal ó una pica, hubiera pasado de parte á parte al digno magistrado (una de las *autoridades locales*), tanta era su cólera y el furor que sintió al verle.

Al llegar al patio del *Gallo Rojo*, la hermosa doncellita hizo una reverencia á su acompañante, se desprendió de su brazo y lo entregó por completo al alcalde de Toury, como aquellos cristianos que se entregaban á las fieras en los circos romanos.

—Tengo mil perdones que pedir—comenzó el excelente hombre.

—¿Por qué?...—dijo van Berg, mirándole furioso.

—Por nuestra visita de anoche y por lo que en ella os molestamos injustamente.

—¿Habéis recibido contestación?

—Aquí la tengo. Me dan los mejores informes de vos.

—¡Ah! ¡qué fortuna!

—*Maitre* Fischbach termina su carta agradeciéndonos el aviso, como un favor señaladísimo hecho á la causa de la justicia. No comprendo...

—¡Ah! ¡El señor Fischbach dice eso!

—Y me encarga que os salude en su nombre.

—¡Ironía!—murmuró van Berg.

—No sé que le haya prestado servicio alguno; ¡habrá sido sin saberlo yo!

El buen hombre agobió con sus excusas al infortunado, á quien se asió como á una presa.

—Podéis permanecer en *Toury-les-foins* todo el tiempo que gustéis, caballero. Para nosotros sería un honor y Lariolle no se quejará.

Esta fué su conclusión.

Román Pichelot retuvo á su víctima hasta el momento en que entró en el patio del *Gallo*

Rojo un coche de dos caballos que llegaba á la carrera.

Van Berg exhaló un grito de sorpresa.

Era Isabel Robert quien llegaba; pero no llegaba sola.

Un caballero, joven aún, condecorado, la acompañaba.

—¡Calla—dijo ella al ver al liejés—el señor van Berg!

—¿Os conocéis?—preguntó su compañero.

—Hemos viajado juntos.

—Señor van Berg —añadió Isabel presentando á su acompañante,—mi marido.

Era, en efecto, su marido.

Hé aquí lo que había pasado.

XVIII

Desde por la mañana temprano, el ingeniero Robert estaba de centinela debajo de un árbol, á pesar de ser una de esas mañanas en que el sol lanzando sus rayos como flechas de fuego funde el asfalto de las aceras bajo los pies de los transeuntes.

Esperaba.

¿Qué era lo que esperaba?

La aparición de su vecina, como van Berg había esperado la de la doncellita en Toury-les-Foins.

La viudita le hizo esperar un rato; pero con esperar fué ganando, pues pudo contemplar una de esas *toilettes* admirables, en las cuales pocas mujeres en el mundo pueden rivalizar con los parisienses de raza.

Luisa llegó luciendo un peinador de seda tan ligero como la batista y azul como el azul de cielo, con cintas que lo sujetaban mal y deja-

ban entrever las puntillas de una camisa, bajo la cual se adivinaban los tesoros de un pecho ligeramente agitado.

La joven empezó mintiendo.

—No esperaba veros—dijo.—¿Os pasáis la vida bajo ese árbol?

—Sí, por tener la satisfacción y sentir la alegría de veros.

—¡Gran satisfacción!

—La mejor y más agradable de todas para mí; las trocaría todas por esta.

—¿De veras?

—¡Os lo juro!

—¡Ah!—dijo la viuda suspirando.—¡Quisiera creerlos!

Emprendida en este tono la conversación, tomó el sesgo de una charla de las más cariñosas.

A los diez minutos, ambos vecinos estaban apoyados sobre el muro de separación, y Luisa dejaba depositar en su mano un beso, seguido de otros muchos, dados por el astuto y audaz amigo.

Cinco minutos después, y al cabo de muchas súplicas en vano para que la joven escalase el obstáculo, estaba el ingeniero á caballo sobre la pared.

—¿Sabéis que estáis un tanto grotesco?—le dijo entonces la viuda, soltando una carcajada que le desconcertó.

—¿Se puede ser jamás grotesco cuando se ama?

—¿Según eso, me amáis?

—¡Con furor!

—¿Y os atrevéis á confesarlo?

—¡Me atrevo, sí!—contestó el ingeniero lanzándose á una declaración entusiasta, frenética.

La repitió hasta la saciedad que la había adorado siempre, solo que cierto pudor le había impedido, en otras circunstancias, revelar la exaltación de sus sentimientos; pero había llegado el momento de no poderlo callar por más tiempo.

Luisa le interrumpió diciéndole:

—A pesar de lo que decís, tampoco me lo habéis ocultado en otras ocasiones, y me parece que más de una vez me hubierais dicho esto mismo si yo os hubiera escuchado.

Convino en ello, y declaró que estaba locamente enamorado de ella hacía mucho tiempo, como ya lo había dicho.

—¿Acáso es posible permanecer indiferente,

al lado de una mujer que nos hace elevar á las encantadas esferas de la suprema dicha? ¿Cómo permanecer insensible á la vista de atractivos que nos fascinan y nos atraen con irresistible fuerza? ¿Quién no cedería ante el brillo de dos grandes ojos soñadores y llenos de fuego? ¿Qué mariposa no se dejaría quemar las alas por sus luces, aunque ellos consumieran su vida?

No se le podía negar; el ingeniero era maestro en el arte de la seducción.

No omitió nada para hacerla creer en lo intenso, en lo inconmensurable de su amor.

—¿Según eso, necesitáis ser amado?

—Lo necesito como necesito el aire y la luz. ¿Puede vivirse sin amar?

—¡Eso son historias viejas que me contáis, pero que de seguro no sentís—replicó Luisa.

De un salto salvó el ingeniero la distancia que les separaba y cayó á los pies de su vecina.

—El amor es tan viejo como el mundo—la dijo,—pero es siempre joven. Escuchadme.

—¿Debo hacerlo?

—Ya veréis que feliz sois. Os rodearé de toda clase de respetos, de cariños. ¡Será un culto el que recibáis de mí!...

—¿Eterno?

—Por toda la vida.

—¿A cuántas mujeres habéis dicho lo mismo?

—¡Sois maliciosa!

—No, no lo soy tanto como creéis y como debiera serlo.

Y poniéndose seria, añadió:

—Dejemos este juego, cruel para alguien...

—¡Juego! Os juro que esto es en serio.

—Dudo que así sea por vuestra parte; pero por la mía puedo aseguraros que no lo es.

—¿Qué decís?

—Digo que sois un pichón, un pájaro volador, y que os he cogido en la red. He querido probaros una vez más cuán fácil es dejarse arrastrar, sobre todo cuando se está solo, aislado, abandonado. Ahora estáis solo y pensáis en distraeros. Ha habido quien ha estado sola con demasiada frecuencia, y perseguida, obsesionada, irritada por el aburrimiento y el hastío, ha sucumbido á la tentación. Sigue amándoos. Ella es la única que puede saber amaros como necesitáis serlo. Las faltas sois vos quien las ha provocado. No alejéis, pues, por la obs-

tinación del orgullo herido, la dicha que á ambos os tiende los brazos. Yo no podría proporcionaros esa dicha. ¡No puedo, ni quiero! Isabel no desea otra cosa que proporcionáros-la. Claro está que necesita que la perdonéis; ¿pero tenéis vos la conciencia limpia?... Sed franco!

—¡Ah, predicador femenino, cómo me habéis engañado!

—Es verdad. Pero ha sido por vuestaa dicha y la suya.

—¿Dónde está?

—Hela aquí.

Maitre Papillot, avanzaba al lado de la joven, toda confusa y colorada como la grana.

—¡Aquel que esté limpio de pecado, que le arroje la primera piedra!—dijo con tono mordaz.

—Señor Robert—replicó la viudita,—permítid que os presente á *maitre* Papillot, un buen amigo, que, como yo, quería reconciliaros con la dicha. Cosa rara tratándose de un abogado, ¿verdad? Por eso yo, que gusto de los caracteres raros, me caso con él.

Y ambos acercaron hasta el brazo del enamorado confundido á la temblorosa Isabel, con

la cual estuvo bien pronto al otro lado de la pared medianera.

Había que pasar una nueva luna de miel.

Isabel pensó en el castillo de la Jonchere. Hacia él volaban dos horas después, como dos tortolillos.